

# Vidrios



## Doña

Paula y tu mamá estaban en el lavadero cuando escucharon el grito acompañado por un romper de vidrios.

Tú jugabas con los demás niños en el traspatio, y todos corrieron a las escaleras del segundo piso, pero fuiste el primero en ver los veinte centavos de arroz regados en el suelo, la papa que rodaba hacia el borde del barandal, y los vidrios de los frascos de conservas esparcidos entre el almíbar y la salmuera. La señora Kristeva, boca arriba, con su abultada barriga frente a las puertas abiertas del seis, inconsciente. El cojo del nueve salía dando pequeñas zancadas y gritando que llamáramos a un médico. Tu mamá, tomando una mano blanca mientras Doña Paula echaba aire agitando su delantal, te gritó para que fueras a ver qué pasaba con tu hermana, que iba por don Javier a su botica.

# ROMPES

Bajaste los oxidados escalones de metal y te detuviste al ver a don Javier, el boticario, correr apresuradamente con el maletín siempre atiborrado de sulfas, ungüentos y vendas, por si alguna vez se llegaba a ofrecer. Tu hermana, con el vestido de percal amarillo en el fondo del patio, junto a los lavaderos. Miraba hacia el segundo piso, mordiéndose los labios y sus manos aún de niña apretando los pliegues amarillos que apenas cubrían sus rodillas ennegrecidas. En ese momento sonó una ambulancia en la calle, y entraron dos camilleros con el Ruso, quien se detuvo junto a tu hermana. Los camilleros gritaron para que te hicieras un lado y subiste de nuevo las escaleras. Cuando volteaste, ya no viste a Miriam, sólo al Ruso que se quedó ahí, preocupado, presenciando cómo bajaban a su esposa en la camilla.

.....

Cuando regresó la señora Kristeva del hospital, tú ya llevabas cinco semanas trabajando de aprendiz para don Javier, surtiendo recetas que iban desde la onza de agua de rosas o polvos de arroz, hasta las infusiones, bálsamos y demás títulos extraños que el boticario le ponía a sus preparaciones. Tu padre decía que era importante que dejaras de ser menos niño para ser más hombre. No quería que fueras boticario, sino que aprendieras el valor de trabajar. Siempre repetía cómo había llegado a Veracruz, con tan solo una maleta vieja y muchas ganas de trabajar. Al término de un año, aunque no tuviera un calcetín sin zurcir, pudo ahorrar para pagar el pasaje de tu mamá y Miriam, que tan sólo tenía dos años. Al año siguiente naciste tú y así siguieron tus tres hermanos. Algún día, tu padre ahorrará lo suficiente como para poner un negocio propio. Y dejarán la vecindad y tendrán una gran casa, con una habitación para cada uno. Mamá tendrá un huerto dónde cul-

tivar flores y árboles de muchos frutos. Miriam ya no tendría más ese vestidito, sino un gran traje de seda y parecería una princesa. Se casaría con un hombre rico; sería una señora con coche y chofer. Pero primero, concluía papá mientras encendía su pipa, había que trabajar todos para llegar a eso.

No eran los únicos inmigrantes en ese lugar. Aunque los que más llamaban la atención eran los rusos Kristeva. La mayoría eran hombres y mujeres jóvenes, con uno o dos hijos que habían cargado en el barco. Sin embargo, ellos eran más bien viejos. El Ruso era un hombre delgado, de piel muy blanca; la nariz grande, rojiza. Tu padre le tenía mucho respeto porque decía que era un hombre culto, un artista. Tocaba el violín y daba clases en el Conservatorio, pero apenas le alcanzaba para pagar el cuarto de la vecindad. Él y su esposa habían venido hace tres años con un hijo suyo. Los otros los habían dejado enterrados en su tierra, había dicho una vez la señora Kristeva a la portera. Pero también a éste mataron una noche que volvía de la fábrica de hilados. Por supuesto, tú eras demasiado pequeño para recordarlo. Pero las vecinas siempre tratan esos temas, por más que quieran evitar que los niños escuchen.

La señora Kristeva se caracterizaba por ser una persona muy amable, decía tu mamá. Ahora tenía la espalda rota y estaba atada de por vida a

la cama. Don Javier no le daba mucho tiempo de vida. La mayoría de las recetas que surtía al Ruso era lo que llamaba, meros placebos. Y no porque le tuviera mala ley al Ruso, sino para justificar toda la morfina que le vendía. Nadie sabía de dónde sacaba el Ruso tanto dinero, porque la señora Kristeva dormía casi todo el día y cuando no, sólo se escuchaban gritos, eternos quejidos, incoherencias. Tu mamá siempre mandaba a Miriam a lo que se pudiera ofrecer. No era raro verla en lo de los Kristeva. A fin de cuentas, siempre la habían querido mucho. El Ruso le daba clase de violín y no le cobraba, lo cual regocijaba a tu padre, ya que el tocar un instrumento musical era digno de una hija de familia decente.

Don Javier jugaba al ajedrez con el dueño de la abarrotera "La Asturiana" cuando recordó que debía surtirle la dosis a la señora Kristeva. Te llamó justo cuando habías descubierto un modo para acabar con las ratas del almacén y que nunca pudiste recordar. Hubiera ido él, te dijo, pero no iba permitir que ese gachupín de malas mañas le cambiara la jugada, justo cuando le había tomado la reina y estaba a punto de coronarle dos peones. El abarrotero protestó y dijo que se fuera sin cuidado, y de paso mucho a tiznar a su madre. La discusión se encendió mientras metías todos los medicamentos en tu canasta y arrancabas hacia la vecindad. Tu hermano Jalil estaba jugando en el patio con la pelota de goma que tu papá le había

regalado el año pasado, y le gritaste ordenándole que la guardara o la iba a perder. La pequeña esfera de caucho seguía botando más y más mientras subías las escaleras oxidadas.

Te detuviste en la puerta del Ruso. El violín sonaba extrañamente, disparejo, en completo desorden. A través de los vidrios y las delgadas cortinas, podías ver la silueta de Miriam. Tu hermana sostenía como podía el enorme y gastado violín del Ruso, tratando inútilmente de sacar un sonido coherente. Empujaste con cuidado la puerta para evitar interrumpir la lección. Y viste bien cómo la niña cerraba los ojos, apretando con fuerza los dientes. Sus manos temblaban pero hacían lo posible por asir el violín y el arco. Su vestidito amarillo se hallaba levantado y podías ver sus muslos casi al aire. Las manos del Ruso las sostenían con fuerza y su cabeza se hundía entre los pliegues del percal. Semejante visión produjo un efecto extraño. Sentías una punzada en tu vientre. No como cuando tenías náuseas, era casi indescriptible, nunca experimentado. Era como un ahogo en tu interior, como una brasa ardiendo, y no pudiste evitar hacerte para atrás, contrayéndote sobre tu estómago. Y entonces sucedió. La canasta cayó al suelo y escuchaste cómo rodaban las botellas en el corredor, quizá alguna se estrellaría al encontrar las escaleras. La pelota de Jalil había rebotado en ese momento y tu pie... nunca supiste por qué de inmediato relacionas-

te esa visión del rostro contraído de tu hermana, la cabeza del Ruso entre sus piernas, y cómo resbalabas de espaldas al barandal, con el lugar exacto donde había caído de la señora Kristeva ●  
I.S.R.